

846
Z.

PQ 2529

A1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad de la Casa Editorial Maucci

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Compuesto en máquina TYPOGRAPH.—Barcelona.



EPISTOLARIO
DE EMILIO ZOLA

CARTAS A BAILLE

I

París, 3 de diciembre de 1859.

Mi querido Baille:

Hace ocho días que me encuentro en París; ocho días durante los cuales, no sé por qué, he sido presa de una gran melancolía. Desde luego no es el recuerdo del Aix ni el de la *Aérea* lo que produce mi pesar; tengo tan pocos amigos en Provenza que acabaré por detestarla. Creo que lo que realmente ocasiona mi tormento es el porvenir; he cumplido veinte años y no tengo profesión alguna. A más, si por casualidad tuviera que ganarme la vida, no me siento con fuerzas suficientes para ello. Hasta ahora no hice otra cosa que soñar y marché y marchó sobre arena movediza: ¿quién sabe si no acabaré por hundirme? Todas estas cosas no te producirán mucha alegría.

He adquirido detalles sobre el negocio de De Julienne y Abel. Parecía que estos señores no hablasen nada menos que de un duelo. Los testigos del *rubio* eran Seynard y *Antic* (he ahí un nombre que debo desollar)

y los del *moreno* Rouchon y Pablo Rigaut. Reuniéronse los cuatro en casa de Seymard, y después de larga discusión hicieron comparecer á las partes contrarias. El rubio acusaba al moreno de felonía; el moreno se fundaba en el derecho del primer ocupante; cuando hicieron constar los dos debidamente que estaban equivocados, los testigos arreglaron la reconciliación, que mis dos caballeros aceptaron con un apresuramiento completamente belicoso.

¿Qué pasa á cada momento?
Viento.

Me he dicho que Abel podía arrojar á todos estos gritadores y me ha parecido que tu bastonazo ha dado de rebote sobre el sombrero de Marguery. No me cabe duda que él ha sido el que ha aconsejado al guerrero Abel en este asunto y que se ha mostrado valiente al abrigo de otro. Todo esto es triste como dice Hamlet; fuimos bastante niños al principio de esta aventura y acabamos siendo mucho más infantiles. He comenzado los apuntes sobre esta cuestión, pero estoy tan abatido y es el asunto tan poco moral y tan medianamente digno que no creo necesario llegar al fin. Prometí tenerte al corriente de las novedades literarias de París. Alejandro Dumas, hijo, acaba de estrenar un drama titulado *El padre pródigo*. Iré cuanto antes á ver lo que es esto. Además, Michelet ha publicado últimamente un volumen: *La mujer*. Debe ser un libro que empareje con *El Amor*, que sin duda tú no has leído y que te aconsejo leer. He comprado las obras de Hegésippe Moreau y vé lo que pienso de dicho autor. Hay dos hombres en él; el uno dulce, tímido, de alma exquisita y de delicadeza de sentimiento poco común; se le encuentra tal en los cuentos en prosa y en algunas obras en verso tales como: *Un cuarto de hora de devoción*, *Elegía á la Voulzie* y *La novela de la arrendadora*. El otro Hegésippe Mo-

reau en un hombre agriado por la desventura y la indiferencia; grita ante los ricos, blasona de cínico, y se lanza con todo furor en la política; es un satírico menos crudo que Barbier, si bien más sobresaliente que Boileau. Cuanto á sus canciones, las más son políticas, las otras juguetonas, llenas de travesura y algunas veces de picardía. Te envío una de las últimas que me ha parecido encantadora como todas las suyas. Como dice Sainte-Beuve de quien tomo prestada esta apreciación literaria, Moreau es un gran poeta; pero no tuvo nunca tiempo de desembarazarse de la imitación y murió en el momento en que iba á convertirse en verdaderamente original.

Puesto que estamos hablando de hombres de genio te diré en secreto que *Marguery!* se ha convertido en uno de los redactores de *La Provenza*. Firma sus trabajos con el pseudónimo de Ludovico. Próximamente aparecerá una gran novela suya titulada: *La novela de la Realidad*. ¡Ah! ¡ah! me la ha leído y me abstengo de juzgarla; prueba precisamente todo lo contrario de lo que se proponía probar. ¡Ah! ¡ah! Habitantes de Aix: cuidad que *La Provenza* no permanezca bajo los ojos de vuestras mujeres; un Marguery, doble de un Marguery, sólo puede producir monstruos capaces de hacer abortar á los ochenta y seis departamentos.

Contéstame cuando tengas tiempo. Por mi parte te escribiré á menudo, tanto por distraerme como por darte á conocer las novedades que ocurran.

Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

II

29 diciembre, 1859.

Mi querido Baille:

Te escribí á Aix calculando que habrías ido á pasar las vacaciones de Navidad á tu querida patria.

No me lamento de tu largo silencio: ya sé que trabajas como un desventurado. Al menos, no me olvides completamente.

Tengo pocas cosas que decirte. No salgo casi nunca y vivo en París como si estuviese en el campo. Habito un cuarto retirado donde no oigo el ruido de los carruajes. Si no viese en la lejanía las veletas del Val-de-Grâce, podría creerme todavía en Aix. Hace un frío excesivo; cualquier cosa: como 15º bajo cero. Una infeliz curruca ha venido á caer sobre la nieve delante de mi puerta. La cogí y la llevé delante del fuego; la pobrecita abrió un instante los ojos, la sentí palpar entre mis manos... después murió. Hasta lloré; tú que me llamas el padre de los animales, me comprenderás.

No veo á nadie y las noches me parecen demasiado largas. Fumo mucho, leo mucho y escribo bien poco. A pesar de eso he acabado las *Grisetas de Provenza* y he experimentado cierto placer al releer estas páginas. Pero me encuentro muy lejos de estar satisfecho de mi obra. El asunto es excesivamente difícil; los acontecimientos se suceden unos á otros sin ilación ni desenlace. Además carece de dignidad y de moralidad. Las figuras están muy lejos de ser figuras de héroes de novela. Me hubiera contentado con dar á conocer los hechos tal y como ellos acaecieron, haciéndolos lo más sobrio posible, rechazando ciertos detalles inútiles y no alterando la verdad que, por lo

que ocurre, resulta insignificante. He compuesto asimismo una especie de novelita de un interés mediocre para los indiferentes. Comprenderás que no será cosa fácil colocarla, pero no desespero. Voy trabajando en ella; cuando aparezca te avisaré.

En estos días verás á Cézanne. Sólo os deseo una cosa: que podáis olvidar un instante juntos el tiempo, tan tarde otras veces en transcurrir. Si ves á la *Aérea*, sonríele de mi parte. Sin duda vas á alternar un poco con la juventud dorada—Julienne, Seynard, Marguery, etc.—Si te cuentan algún nuevo acontecimiento, te ruego que me lo participes á tu vez.

Ya te dije que Marguery es uno de los redactores de *La Provenza*. Te invito á leer su último folletín donde aboga por el realismo, convierte el amor en una cosa ridícula y hace triunfar la coquetería. Ya me dirás tu opinión sobre esta novelita que por otra parte tiene cierto mérito.

Y ya que hablamos de folletines te diré que he enviado uno á *La Provenza*; es un cuento de hadas: *El hada amorosa*. (1) Es un largo sueño poético, una alegre ronda que vi desfilar por mi hogar. Pero las insignificantes líneas que aparecerán, no son en modo alguno más que un cañamazo. Quiero hablar más detenidamente de mi bella Sílfide, quiero hacer una verdadera creación. Voy á preparar un volumen de novelitas, y este cuento, que ahora no ocupa más que algunas columnas, ocupará la mitad del libro. Cambiaré todos los personajes menos el hada. Demostraré que es un dios para los amantes, y que ni el infierno ni los hombres ni los sacerdotes, con sus peligrosas doctrinas, pueden destruir un amor puro. Hasta que no leas mi cuento, no comprenderás bien cuanto te digo; lo que te manifiesto es que, queriendo cambiar completamente la forma en el que pretendo hacer próximamente, no me será enfadoso dártelo á co-

(1) *El hada amorosa*. Véase los primeros *Cuentos á Ninon*.

nocer tal y como se presentó á mi espíritu. Te quedaré reconocidísimo si después de leerlo, me indicas con una mera apreciación aquello que te parezca bueno y lo que encuentres defectuoso: entonces conservaré lo que deba conservarse. Quizá haya aparecido el jueves último.

Ya te dije que no me lamento de tu largo silencio. A pesar de esto te recuerdo que hace un mes que te escribí y aun no he recibido tu respuesta. Debes tener mucho trabajo y te será embarazoso escribirme. Si fueras un niño y necesitases emplear algunas horas para escribir una carta, comprendería tu silencio; pero en un cuarto de hora puedes contentarme; ya ves que tienes un poco de culpa.

Me prometiste venir á París el año que viene y cuento con tu promesa. Por lo menos te veré un par de veces por semana y esto me distraerá un poco. Si ese diablillo de Cézanne pudiera venir, tomaríamos un cuartito para dos y haríamos vida bohemia. Por lo menos habríamos pasado nuestra juventud corrompiéndonos el uno y el otro. Dile (á Cézanne) que le contestaré un día de estos.

Mis respetos á tus padres. Te estrecha la mano, tu devoto amigo,

EMILIO ZOLA.

Esperaré tu respuesta para escribirte otra vez.

III

París, 14 de enero de 1860.

Mi querido Baille:

No te dirigiré ningún reproche; á más de ser de mal gusto nada conseguiría. Te acusarás á ti mismo cuando pienses que estamos á 14 de enero y que á pesar de tus promesas no me has escrito todavía. Jamás podrás hacerme creer que el trabajo te absorbe

hasta tal punto; estoy seriamente inquieto por tu salud y por tu inteligencia; nada proporciona tantos dolores de cabeza, ni es tan embrutecedor como un trabajo prolongado y me parece que tú te entregas á él con demasiado corazón.

Cézanne, que no es tan perezoso como tú—debería decir tan trabajador,—me ha escrito una hermosa y larga carta. Jamás le había visto tan poeta ni tan amoroso; te aseguro que, lejos de apartarle de este amor platónico, le invito á perseverar en él. Me dice que esta Navidad te habías esforzado en volverle al realismo en amor. Antiguamente pensaba yo del mismo modo; pero ahora creo que es un proceder indigno de nuestra juventud y de la amistad que nos une. Le he contestado largamente aconsejándole amar siempre, y le he persuadido por razones que no puedo decirte aquí. Si por casualidad te has hecho el apóstol del realismo, si los consejos que diste á Cézanne fueron dictados por tu amistad hacia él, si tú también desesperas del amor, te aconsejo que cuando puedas leas mi contestación á Cézanne, y deseo que esta lectura pueda rejuvenecer tu corazón perdido en el álgebra y la mecánica. Voy á transcribir algunas líneas que pienso dirigir á Cézanne dentro de poco. Me dirijo á él pero también te conviene lo que digo; he aquí las líneas:

«En una de tus últimas cartas encuentro esta frase: «El amor de Michelet, el amor puro, noble, puede existir, pero es bien raro confesarle.» Será tan raro como puedes creer, y este es un punto sobre el cual me olvidé de hablarte en mi última carta. Hubo un tiempo en que yo decía lo mismo, en que ridiculizaba á cuantos me hablaban de pureza y de fidelidad, y este tiempo no está muy lejano. Pero he reflexionado y he creído descubrir que nuestro siglo no es tan materialista como quiere parecer. Hacemos lo que los colegiales desenfundados que disputan entre sí para saber cuál es de ellos el que ha cometido mayor fecho-

ría. Nos referimos nuestras aventuras con la mayor parte de egoísmo y nos ennegrecemos á porfía. Parece que desdenamos las cosas santas. Si así jugamos con las bases de la religión, si nos empeñamos en demostrar á los demás que nada valemos, creo que es más bien por amor propio que por maldad innata. Los jóvenes, sobre todo, tienen este amor propio, y como el amor—si me es dable hablar así—es una bella cualidad de la juventud, ellos se empeñan en decir que no aman y que se arrastran por el fango del vicio. Tú, que has pasado por ello, debes de saberlo. Quien hubiera confesado en el colegio tener un amor platónico—es decir, una cosa santa y poética,—¿no habría sido tratado de loco? Pero lo repito: el amor propio juega ahí dentro un gran papel. Así como en la religión un joven no cuenta más que con la plegaria, en cuestiones de amor no tiene otro recurso que amar. Creo por lo tanto que la naturaleza no pierde nunca sus derechos; en los tiempos caballerescos la moda tenía como deber el amar y se amaba; la moda ha cambiado, pero el hombre es siempre el hombre, y no puede librarse del amor. Te aseguro que el amor se encuentra en el fondo del corazón de los que quieren pasar por los más libertinos: á cada cual le llega su hora, y todos tienen que experimentarlo. Entretanto es verdad que existen amantes más ó menos poéticos, más ó menos exaltados. Cada cual ama á su manera, y para ti sería absurdo el amante de las flores y el de los rayos de luz, y el que dijese que es imposible amar sin hacer versos y sin ir á pasear bajo la claridad de la luna. El tosco pastor puede amar á su pastora; el amor es algo menos elevado, muy sublime, pero entra en cada amador hasta en los menos cultos, modificándose según la educación. Pero volvamos á la cuestión: el orgullo, ese orgullo insensato á que me he referido, está en la sociedad, en los hombres reunidos y no en el hombre en particular. Este no puede dejar de amar

sea á una flor ó á un animal ¿por qué, pues, no quieres que ame á la mujer? Sé bien que la causa que defendiendo es muy espinosa; somos niños del siglo y se ha cuidado de darnos ideas equivocadas sobre este asunto. Nos han gastado tan agradables chanzas sobre la mujer y sobre el amor, que no creemos en ellos. Pero si reflexionas bien, si consultas detenidamente tu corazón, convendrás por fuerza,—considerando que no eres de otra pasta que los demás hombres,—en que es disparatado afirmar que el amor ha muerto, que nuestro tiempo no es más que materialista. Una obra grande y hermosa, una obra á que Michelet se ha entregado; una obra que me permito á veces examinar y estudiar, es la de hacer que el hombre vuelva á la mujer. Se acabaría tal vez por abrirle los ojos; la vida es corta y ésta sería una manera de embellecerla; el mundo está en vía de progreso y por este procedimiento se llegaría más pronto. Y no vayas á creer que es el poeta el que habla. ¿Qué importa la exageración? Michelet hace un dios de la mujer, puesto que convierte al hombre en su humilde adorador. A grandes males, grandes remedios; si se llevaran á cabo la mitad de las cosas que él pide, el mundo, á mi parecer, marcharía perfectamente.

Mis respetos á tus padres. Te estrecha la mano, tu devoto amigo,

EMILIO ZOLA.

IV

París, 23 de enero de 1860.

Mi querido amigo:

Te anunciaba en mi última carta mi intención de entrar lo más pronto posible como empleado en una administración; es una resolución desesperada, absurda. Mi porvenir está perdido; estoy destinado á pu-

dirme sobre el asiento de una silla, á embrutecerme, á convertirme en una máquina. Entreveo vagamente estas tristes consecuencias, y siento un escalofrío semejante al que se experimenta cuando se prolonga demasiado un baño de agua fría. Afortunadamente me he detenido sobre el borde del abismo; mis ojos se han abierto, y he retrocedido espantado al sondear la profundidad del precipicio, al ver el aspecto de las rocas que me esperaban en el fondo. A la vista de esta vida oficinesca, de este sumidero, me he lamentado, he recurrido á todas partes pidiendo un consejo á grandes gritos. Sólo me ha respondido el eco, ese eco ridículo que repite nuestras palabras y que devuelve las cuestiones sin resolver, como para hacer comprender que el hombre no debe contar más que consigo mismo. He dejado caer la cabeza entre mis manos y me he puesto á reflexionar, á reflexionar seriamente. «La vida es una lucha—me he dicho,—aceptemos la lucha, y no retrocedamos ante las fatigas ni ante los disgustos.» Puedo examinarme, hacerme bachiller en ciencias, ingresaré en la Escuela Central y llegaré á ser ingeniero. «No hagas eso—me ha gritado una voz en el espacio,—la tórtola no anida con el gavilán, la mariposa no merodea sobre las ortigas. Para que el trabajo dé buenos resultados es necesario que sea agradable; para pintar un cuadro se necesitan de antemano los colores. Tu horizonte en lugar de agrandarse se empequeñece; tú has nacido para hombre de ciencia como no naciste para ser empleado. Tu espíritu dejará siempre el álgebra para lanzarse á vagar por otros lugares; ¡no hagas eso, no hagas eso!» Y como le preguntase angustiado, qué camino había de seguir... «Escucha—contestó la voz—mi consejo te parecerá absurdo, insensato: dijiste que retrocederías en vez de avanzar. En este mundo, hijo mío, hay ídolos ante los cuales todos sacrifican; hay escalones que cada uno sube, fatigándose tal vez inútilmente. Dí á grandes voces que eres un literato, se te pedirá tu diploma de

bachiller en letras. Sin diploma, no hay salvación; estas son las puertas de todas las profesiones; no se avanza en la vida más que á fuerza de diplomas. Si eres un tonto de remate, es ingenio formidable, tienes gracia; si eres un hombre de talento y la Facultad no te dió su certificado de tu inteligencia, eres un tonto. ¡A la labor, á la labor, mi querido hijo! Recomencemos nuestros estudios: *rosa*, la rosa, *rosæ*, de la rosa, etcétera. ¡Al asalto del precioso talismán! ¡A apoderarse de Virgilio y Cicerón! Esto no es más que un año, seis meses quizá, de un trabajo encarnizado; después un Homero y un Tito Livio en la mano, en pie sobre la brecha, rodeado de traducciones y de temas terminados, podrás gritar gloriosamente, agitando el bienaventurado pergamino: «¡Soy literato! ¡Soy literato!»

Y la voz calló, lanzando un grito de guerra.

Mi querido Baille: dejo la entonación épica y te repito en prosa prosaica que quiero hacer *mis primeras pruebas*; una vez que tenga mi diploma quiero estudiar Derecho: es una carrera (puesto que hay necesidad de carrera) que simpatiza mucho con mis ideas. Me encuentro, pues, decidido á hacerme abogado; puedes estar seguro de que el interés del escritor se colocará sobre la toga. Ahora quiero venir á parar en esto: á pedirte á tí, que hiciste tus estudios sin ayuda de nadie que me digas en qué forma debo aprender el griego y el latín; en una palabra, lo estrictamente necesario para sufrir mi examen. Si, por ejemplo, debo hacer versos latinos, temas griegos, etc. Trabajaré en casa (no te rias; quiero trabajar), y no tomaré más que un profesor de repaso para que corrija mis trabajos. Ya ves perfectamente mi posición y puedes trazarme en pocas palabras una conducta; espero impaciente tu contestación; deja por un instante tu libro, dime lo que has hecho lo mismo con el latín que con el griego, y te lo agradeceré mucho.—Cuanto á mi bachillerato en ciencias, no lo abandono; cuando sea li-

cenciado en letras, pienso librar mi segundo combate en la Sorbona.

Aprobarás mi proyecto, estoy seguro. No hay más que un medio de llegar, siempre lo he dicho: el trabajo. El cielo me ha enviado un buen ángel que me lo ha revelado y no me dormiré. Es una tarea fatigosa; he dicho adiós por algún tiempo á mis bellos sueños dorados, seguro de verlos acudir en tropel cuando mi voz los vuelva á llamar en tiempos más venturosos.

Te deseo un Carnaval más alegre que el mío, que será, lo presumo, de los más pasables. Estoy bien; mi pipa se culota; te deseo una salud y una *pipa* que disfruten de las mismas ventajas.

Mis respetos á tus padres; te estrecha la mano tu estudioso amigo,

EMILIO ZOLA.

V

París, 14 de febrero de 1860.

Mi querido amigo:

Y á propósito de algunas palabras de tu respuesta á mis ideas sobre *El Amor*:

Tú exclamas en un hermoso rasgo: «¡Abajo los pensamientos carnales!» Cuidado; no vayas á jugar al personaje d'Armande en *Las mujeres sabias*:

«¿No concebís una palabra tal que una vez que se oye produce asco al espíritu, le hiere con una extraña imagen y arrastra al pensamiento por un paraje sucio?»

No quiere oír hablar de casamientos; la carne es una cosa inmunda, sólo el espíritu puede gustarle; es perfectamente ridícula. En un sentimiento tal como el amor, en que el alma y el cuerpo están tan íntimamente ligados, no se puede, á no ser por majadería, des-

cartar ni el uno ni la otra. El que descarta el alma es un bruto, el que descarta el cuerpo, un exaltado, un poeta á quien espera un guijarro en el camino. Sentado esto, veamos si la sociedad es tal como tú me la defines. Te concederé que al primer golpe de vista ella parece así; pero lo que no has querido comprender, lo que por tanto tenderé á demostrarte, es que en el fondo del corazón de cada individuo encontrarás el amor; hasta el más depravado tiene su hora en la que ama verdaderamente. En una palabra, la planta ha perdido sus más verdes hojas, sus más pomposos ramajes; todo lo que permanece fuera del sol, visible á la mirada, está muerto, pero la savia es todavía pujante y tarde ó temprano se verán surgir los nuevos brotes en vigorosa vegetación. Sí, sólo la superficie es impura; sí, los gérmenes del amor están y estarán siempre en el corazón del hombre. ¿Qué más deseas? ¿Por qué llorar y desesperarse? Si el médico á quien se llama se pone á sollozar ante el enfermo, ¿lo curará? Que gima si lo encuentra muerto, pero si nota en él un átomo de vida, que guarde su sangre fría y active en lo posible la curación. Y bien: el amor en el hombre es enfermedad y no muerte; cada uno debe ser para sí un verdadero médico, y lo mismo para los demás, si tiene voluntad y valor. Esto te consolará; viendo la enfermedad á tiempo, no se agranda mucho; habiendo encontrado un remedio, se piensa en la curación y esto constituye un consuelo. Mas, ¡por Dios! no vayas á gritar que todo está perdido, que el mundo no es más que un cenagal donde se estancan todos los corazones jóvenes. Para tu propia tranquilidad te aconsejo examinar, sin preocupaciones el estado presente y lo que pueda ser el porvenir. Nuestro siglo no es más perverso que otro, lo que prueba que no ha sido bueno y que el futuro nos espera sin duda. Pero volvamos al asunto: puesto que hablo de enfermedades, hace falta que precise y que hable de remedios. La enfermedad, á mi ver, de-

pende sobre todo de esto: los jóvenes llevan una vida poligámica. Dije antes que en el amor el cuerpo y el alma están íntimamente ligados; el verdadero amor no puede existir sin esta alianza. En vano es que tú quieras amar con el espíritu; llegará el momento en que ames con el cuerpo, y esto es justo, y natural. Ahora, bien: la vida poligámica excluye por completo el amor del alma y por consiguiente el amor. No se puede poseer un alma como se posee un cuerpo: la prostituida te vende su cuerpo y no su alma, la jovencita que se te entrega al segundo día no puede amarte con el alma. Es indispensable para esto que te conozca desde largo tiempo: que haya sido flechada por alguna de tus buenas cualidades y desde este día te respondo de que te querrá con todo su cuerpo y con toda su alma. Ya ves que la vida poligámica no puede acomodarse con el amor: esto no es mariposear de mujer en mujer como se hace en esta época, en que se puede tener tiempo para darse á conocer y para conocerse á sí mismo. Los acoplamientos venturosos son raros: es verdad. Pero cuando ocurre que los esposos no han conocido el amor más que á su manera, resultan extraños de corazón, y, si continúan por el mismo camino, serán siempre desgraciados. Pero pon juntos á un muchacho y una muchacha, los primeros que encuentres al paso: los dos son hermosos y se aman con el cuerpo; eso no es todavía el amor. Luego descubren recíprocamente sus cualidades (aunque no las tengan) y por poco que los caracteres congenien, con que no tengan grandes defectos, se amarán con el alma; se amarán verdaderamente, completamente. Comprender lo que se ama es hacerse comprender: ahí tienes, el gran problema; vé por qué precisa atacar á una mujer y no á todas, estudiar es hacerse estudiar, pasar los años fallidos para llegar á esta felicidad que según tu afirmación es tan rara. ¿Quién tiene la culpa de que no seas feliz? Tú, que conoces la enfermedad y su remedio y

no quieres curar.—No es el amor el raro, es el sentido común y la razón. El agua de lluvia, derramada es inútil; mi padre construyó una especie de alberca y ahora todas las gotas perdidas se reúnen y forman un lago que fecunda las praderas. Tiramos nuestro amor, lo arrojamos á pedazos á la primer sultana de nuestros innobles serrallos, cuando podríamos amarlo y verterlo en un solo corazón donde germinaría y produciría hermosos frutos. Y los hombres obran lo mismo que las mujeres.—Te lo repito una vez más: el amor no es raro, lo verdaderamente raro es la razón.

Me escribiste hace tiempo una carta donde sollozabas y gritabas desesperado: «¡He perdido á mi Eurídice; he perdido mi ideal!» Hago memoria de haber dedicado al mismo asunto unos versos bastante malos. No me sorprenden esos llantos recordando lo que que piensas de la sociedad. No ves más que libertinaje en las ciudades y embrutecimiento en el campo. Por todas partes el sexo—dices tú;—por ninguna parte la mujer. Por consecuencia, el alma no existe. Llorad, ojos míos, llorad; siento correr por mi epidermis el escalofrío de que nos habla Job; la tierra no es más que un valle de dolor; que se me entierre y no hablemos más. Y aseguras que después de las observaciones de que hablas has vivido en el campo y te afirmas en tus opiniones. Permíteme que te diga que te mientes á ti mismo. Has visto bien á las jovencitas, pero no has conocido á una sola. Has obrado como la mariposa que va de flor en flor y que cuando ve secarse las corolas no comprende el divino misterio que se ha cumplido en sus senos, y huye y afirma que no son ya buenas para nada. Lee á Michelet y él te dirá mejor que yo, lo que no puedo decirte aquí; y cuando hayas leído su libro consolador, no gritarás tan alto y juzgarás menos severa, menos injustamente á la mujer de estos tiempos. Dos palabras más y abandonemos este asunto: aun no sé cuál

es el ideal que has perdido; pero hasta ahora yo te he conocido uno monstruoso: el ideal del vicio. Tú has vuelto el anteojo y este fango que te parecía tan lejano, apenas visible, se encuentra tan próximo (mucho más cerca de lo que realmente está), que distingues en él las más aterrantes podredumbres. Te pierdes en las nubes y no quieres descender á la tierra; lo mejor será, no obstante, quedarse sobre ella y no exagerar ni el bien ni el mal.

Pero me dejó llevar por este asunto y no voy á poder hablarte de otra cosa. Verdad es que esta cuestión necesitaría volúmenes y que yo quisiera decírtelo todo á la vez. Es muy posible que á cada paso atropelle la lógica; confieso humildemente que no la he estudiado nunca.

Me anuncias la muerte de Toselli; no he conocido á este joven, y á pesar de ello me afecta la noticia. Siempre que un joven desaparece, lo lamento, ¡tal vez hubiera sido grande y bueno para sus semejantes! No conocerá los dolores de la vida, pero tampoco podrá conocer sus alegrías. Entretanto ya conoce la gran palabra, el misterio insondable, el misterio que hace retroceder con espanto. Cuando se sumerge el espíritu en estas reflexiones, se pone el cabello de punta y no se sabe si se debe llorar ó envidiar á los muertos.

Me anuncias la muerte de Toselli; no he conocido tro más indeciso que nunca. La vida se presenta á mis ojos con su aterrante realidad, con su porvenir desconocido. Cerca de mí no hay nadie que me sostenga, ni mujer ni amigo. Y no es culpa mía, si vacilo, si mi resolución de hoy obscurece la de ayer. ¿Quién me indicará un camino derecho, sin demasiadas espinas, para que mis pies no se desgarrén antes de llegar á la meta? Tú marchas con los ojos fijos en un punto sin que te distraiga lo que pasa á tu alrededor; llegarás, estoy seguro. Pero yo con mi carácter, con mi pereza (llamemos á las cosas por sus

nombres), mi inteligencia se pierde en vanos ensueños y hasta que me revele me encontraré sin profesión, sin fortuna, sin talento.—¡Un poco de valor, Dios mío!

Me causarás gran placer hablándome de Julienne y de Baptistine. Quiero conocer las travesuras del querido Edgardo y las monadas y gestos de la niñita.

«Bajo mi sayo al rey mato.»—¡Oh candor! ¿dónde vas á anidar?

Ya te he dicho que esta intriga me repugna, pero no nos hagamos más santos de lo que somos. Estamos llenos de defectos y por mi parte confieso una gran curiosidad.

Me escribirás todo lo que resulte de esto después de Carnaval. Esta será tu cuaresma, ya que tanta fatiga sufres al coger la pluma. Si no quieres disgustarme no me olvides; y si puedes escribirme más legiblemente, te comprenderé y te responderé mejor. Háblame de Aix, de mis raros amigos, de tí sobre todo.

Te repito que me enfadaré seriamente si no me escribes. Y pongo punto á esta cuestión.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

VI

"ALFONSO REYES"

París, 20 de febrero de 1860. MEXICO

Mi querido amigo:

Te escribí últimamente una carta que debió llegar á Marsella el Miércoles de Ceniza, carta que se ha cruzado con la tuya. Espero que el señor Maubert te la habrá enviado fielmente; de todos modos te dirijo esta á casa del nuevo intermediario que me designas, y para más seguridad te participo otra vez que he cambiado de domicilio y que en lo sucesivo